

CUALIDADES HUMANAS DEL MAESTRO DON ALFONSO NORIEGA CANTÚ

Miguel de ANGORTIA

Al recibir la invitación de la Facultad de Derecho y del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, para participar en el libro de testimonios sobre la vida y obra del maestro Alfonso Noriega en sus distintas facetas, vinieron de golpe a mi mente un cúmulo de recuerdos de toda una vida y pensé en intentar tratar de ordenar todo lo que se podría decir sobre nuestro muy querido, respetado y admirado maestro (el Chato Noriega, como todo el mundo lo conocía), quien fue una personalidad polifacética, destacado en todos los ambientes y actividades por los que pasó en su muy prolífica vida.

Tuve la oportunidad de conocer al Chato desde mi infancia, por la íntima amistad que lo unía a mi familia, y me tocó la gran suerte de convivir con él, todo tipo de actividades, reuniones sociales, eventos familiares, paseos, viajes, espectáculos y en fin todo aquello que hace agradable la vida de una persona.

Además, mi gran fortuna fue el de haberlo conocido desde mi infancia y haberlo tratado íntimamente hasta el día de su sensible fallecimiento. Como he dicho, lo conocí desde niño y lo traté durante mi infancia y juventud. Fue mi maestro de garantías y amparo; me ayudó a seleccionar el tema de mi tesis profesional y me guió en su elaboración, siendo también sinodal en mi examen profesional. También fue él quien me consiguió trabajo cuando yo era estudiante. Al pasar el tiempo fue mi suegro, cuando tuve la fortuna de casarme con su inigualable y maravillosa hija, Sara Eugenia. Asimismo, fue el consejero a quien siempre acudí y nunca dejó de darme el sabio consejo, mismo que me daba como opinión, sin que nunca se pudiese pensar que era una intromisión en mi vida matrimonial, pues en esto, como en todo, fue siempre muy sutil.

Gracias al Chato conocí a multitud de personajes destacados en distintos aspectos: pintores, maestros universitarios, escritores, toreros,

políticos, empresarios, etcétera, pues las reuniones en su casa siempre eran concurridas por estas personalidades, quienes acudían a casa del amigo con el cariño y el respeto que el maestro les inspiraba, pero con el gusto y confianza que da la libertad, por lo que las conversaciones siempre fueron abiertas y sinceras, tocándose toda clase de temas, en aquellas prolongadas e inolvidables sobremesas que tanto disfrutábamos y que en especial tanto gustaban al Chato, quien las gozaba al mismo tiempo que saboreaba su inseparable puro. En ellas se hablaba de todo: de política, de la Universidad, de economía, de literatura, de toros, de cualquier tema de interés sobre el que se pudiera hablar.

Tuve, asimismo, la oportunidad de acompañarlo, y con orgullo disfruté con él todos los homenajes que se le rindieron, mismos que aceptaba, pero de los que jamás lo oí presumir.

Otra de las facetas que lo caracterizaron y lo distinguieron, fue su constante preocupación por ayudar a los demás. Se puede afirmar, sin temor de faltar a la verdad, que nadie que acudió a él para pedirle algo que pudo ser desde la dádiva para pasar el día, la consulta más complicada sobre cualquier tema jurídico, una recomendación para funcionario de cualquier nivel, o un consejo personal, nadie, absolutamente nadie que acudió a pedirle algo se fue con las manos vacías; a nadie dejó de ayudar, y esto me tocó verlo a diario durante más de treinta años, por lo que puedo afirmar que el Chato nació para ayudar al prójimo; para él ayudar no fue la excepción, siempre fue regla general.

Como maestro en la Universidad, en "su Universidad", a la que amó con pasión, fue un maestro extraordinario, sencillo, claro, ameno, ajeno siempre a cualquier actitud solemne o pedante. Siempre estuvo rodeado de sus alumnos. Fue un maestro de los que ya no hay: el maestro dentro y fuera de la cátedra. Para él, sus alumnos estaban sobre todo y se le veía feliz a la salida de clases cuando lo rodeaban para consultarle cualquier tema; cuando iba con ellos a tomar café; cuando lo levantaban de la mesa al llamarle por teléfono a su casa para pedirle fecha de examen o una cita para que los orientara en la elaboración de su tesis. Siempre estuvo a sus órdenes en la Universidad, en su casa, en su oficina o en la calle. Se puede afirmar también que el Chato vivió para la Universidad y para sus alumnos.

Como persona valiente, con el valor del hombre cabal, me tocó también admirarlo y conocer de actitudes suyas que le costaron disgustos con personajes de la política o empresarios destacados, que le

costaron dejar posiciones prominentes, empleos y oportunidades de ascensos, pero que siempre lo hicieron vivir pleno, sin nunca tener que bajar la mirada delante de nadie, pues jamás aceptó nada indebido en contra de lo justo o que se apartara de su limpia manera de pensar, sobre esto, todos los que lo conocimos podríamos escribir un libro completo. Se puede también afirmar que el Chato fue un hombre que siempre amó a la verdad y la libertad, que las vivió de dentro y las respetó hacia el exterior y que jamás la promesa de algún bienestar material lo hizo cambiar la línea recta de conducta que lo guió toda su vida. Siempre fue un valiente para defender la verdad y la libertad.

También fue un valiente para luchar en contra de la adversidad física, cuando hace más o menos treinta años sufrió una grave enfermedad. La enfrentó con valor y por esto salió adelante. Cualquiera otro, posiblemente se hubiera dedicado a condolerse y a que lo consintieran. En cambio él siguió adelante y lo más importante de su obra lo hizo en esta etapa de su vida, y ya en los últimos tiempos cuando prácticamente no podía leer y tenía serios problemas para escribir, daba ternura verlo sentado en la mesa en la que le gustaba trabajar, produciendo con esa claridad de mente que lo acompañó hasta minutos antes de morir, ya que seguía escribiendo para ampliar su obra jurídica en beneficio de las futuras generaciones amantes del derecho; seguía produciendo para escribir artículos en defensa de la Universidad en los que, con toda claridad y valor atacaba a quienes con fines extrauniversitarios usaban o pretendían usar a la Universidad para intereses propios, ajenos a la esencia universitaria, que es la de enseñar, investigar y ayudar a formar mejores mexicanos.

Siguió dando sus clases hasta el último día, a pesar de los problemas que tenía para caminar, haciendo un esfuerzo sobrehumano para asistir a ellas, pero con esto logró una de las metas que siempre se fijó: morir como maestro activo.

Otras de las grandes virtudes que tuvo fue que, a pesar de su gran memoria siempre se le olvidaba si alguien le había hecho algo. No conoció el rencor; siempre perdonó y disculpó a los demás.

Siempre recordaremos al Chato como el gran conversador, sencillo y profundo, gracioso, anecdótico, culto, interesado en todo lo actual, con un sentido nacionalista, amante de su México al que siempre defendió, en contra de quien o quienes en broma o en serio osaran criticarlo delante de él.

Todos los que lo conocimos supimos que el Chato fue un ser privilegiado, dueño de las virtudes más importantes que pueda tener cualquier ser humano. Tuvo una inteligencia excepcional, brillante y clara. Fue muy caritativo, un excelente maestro, universitario cabal, gran amigo, con un sentido del humor fuera de serie. Familiarmente fue un gran hijo, padre, esposo y abuelo excepcional, y por qué no decirlo, un magnífico suegro.

Siempre sostuvo sus valores fundamentales. Su fe en Dios fue su bandera, católico siempre. Aun cuando esto no fuera bien visto, siempre fue leal a sus valores intelectuales.

Como intelectual fue muy productivo, dejando una gran obra literaria y jurídica, sus artículos periodísticos siempre fueron oportunos, conteniendo una crítica constructiva enorme, siendo sus conceptos siempre valientes.

En medio de este cúmulo enorme de cualidades y virtudes, que es raro encontrar reunidas en una misma persona, tuvo el Chato una virtud mayor: siempre fue humilde, pues teniendo todo para presumir, jamás lo hizo.

Descanse en paz esta persona de excepción que tanto hizo por todo y por todos y cuyo recuerdo imborrable debe servir de estímulo para todos los que tuvimos el privilegio de conocerlo y tratarlo.